

CRITICA TEATRAL.—

"DEIDAMIA": HILARIDAD CON ESFUERZO DE ACTORES

Por Anfitrón

Con el estreno del sábado en el Talía de la comedia-farsa "Ya nadie se llama Deidamia", presentada por el Experimental, con dirección de Pedro Mortheiru, reaparece en la escena nacional Lautaro García, un autor que obtuvo en 1940 el Premio Municipal de Teatro por su obra "Una sola vez en la vida". Debutó como comediógrafo en 1920 —tenía entonces 25 años— con "El Peuco", bien acogido por la crítica. Insistió el mismo año con "El rancho del estero", con menor fortuna. Hasta el año 40 es-

trenó varias piezas (entre ellas "Una pareja inverosímil", "Margarita y la Crinolina", "Vendedor de sueños"). Después se detuvo. En 1954 tomó de nuevo la pluma y escribió una comedia de costumbres con tinte farsesco. Le puso un título entre nostálgico y humorístico: "Ya nadie se llama Deidamia". La guardó tres años. Siguiendo la tendencia a estimular y dar a conocer el teatro de aquí, el Experimental la llevó a escena.

Es una pieza ligera que pretende—ante todo—divertir. Se basa en una intriga mínima que apoya las situaciones y en redos de los tres actos.

"Deidamia", una muchacha sujeta a la estrecha tutela de una madre viuda, decide sacar los pies del plato. Lo hace suavemente, como una gata. Admite haber sufrido un desliz amoroso, de esos "con consecuencias". Escurririza en sus respuestas, con una astucia primaria pero práctica, hace saltar la duda sobre cual de los dos galanes ("Juanito" o "Fernando") es el culpable del percance. Rodeando el enredo, aparecen varios personajes criollos, como una viviente caricatura de tipos de provincia de comienzos de siglo.

La comedia posee aciertos, sin excederse en ellos. Hay réplicas frescas e inesperadas y situaciones que—sin necesidad de acudir a resortes complicados—tienen eficacia cómica.

Junto a estos destellos, hay escenas débiles. Acaso una de las más anémicas sea la primera entrevista entre "Deidamia" y "Juanito" en el segundo acto. No se aprovechó aquí el encuentro de la pareja, diluyéndolo en un diálogo sin médula y sin gracia. La cons-

trucción de la pieza teatral es vacilante. A veces ofrece la sensación de que puede quebrarse, de que puede quedar es-



BELGICA CASTRO

tancada sin remisión. Esto se queda sólo en temor. Pronto una nueva situación cómica, o un cambio de escena, la recuperan y el escenario se rean-

ma. El autor utiliza personajes y recursos consabidos en el teatro cómico y en el sainete, pero conserva un tono de dignidad en los recursos cómicos y logra espontáneos golpes de hilaridad. En conjunto, pese a los repaños, la comedia es fresca, se salva y consigue su objetivo fundamental: hacer reír.

El equipo del Experimental infirió a la obra una vivacidad y un ritmo que contribuyeron ampliamente a su relieve. En estas piezas en que el texto ofrece en algunos pasajes escaso apoyo, se prueba la pericia de los actores y la habilidad del director.

Entre los intérpretes destacaron. Bélgica Castro, como la cursi mamá doña Eduvigis; Jhenda Román la suave intrigante "Deidamia"; Kerry Keller en estupendo papel cómico de chica cegata y fea que anda a topetazos con los objetos y con los acontecimientos; Jorge Boudón, sabroso "Don Dositeo"; y Mario Lorca que obtuvo estimables efectos de "Fernando" un cándido apto para servir de "víctima inocente".

Los decorados — de Alicia Crestá — son pobres, no muy afortunados, y parecen haber sido realizados precipitadamente.